

*calle de los Caballeros*. Allí los suntuosos palacios del gran maestro y del arzobispo, el hospital, el colegio, grandes portadas decoradas con las armas de las familias mas antiguas de Francia, y otros muchos edificios que sin duda fueron insignes, se distinguen perfectamente. Pero esa *calle de los Caballeros*, habitada hace tres siglos por nobles, dignidades y grandes oficiales, estaba silenciosa; no se divisaba sino uno que otro Turco, que fumaba tranquilamente su pipa recostado en aquellos terrados que no trabajaron sus abuelos. Los ladridos de los perros que encontraba al pasar era el único ruido que interrumpia de cuando en cuando este silencio, en todo semejante al que reina sobre las frias losas de los sepulcros.

Tres años hace que los Capuchinos consiguieron que el gobierno de la Puerta les permitiese abrir en el barrio franco de Ródas una escuela; y merced á esta, ochenta niños reciben hoy la educacion de que carecieron sus mayores. Chateaubriand nos ha conservado los preciosos recuerdos de la imágen pintada sobre un gran trozo de mármol, y cuya historia se remonta hasta el siglo catorce, fecha en que recibia culto en un gran templo que le edificara la piedad de los cruzados. Esta imágen venerable, á quien tantas tradiciones se ligán del esplendor de Ródas, objeto de ruidosas disputas entre católicos y cismáticos, verdadera notabilidad como curiosidad artística, y fuente fecunda de consuelos y esperanzas para todos los cristianos del Oriente, se conserva en la iglesia de los Capuchinos, desde que hallada fresca é intacta el año de 1600 por un esclavo que hacia excavaciones en un jardin, volvió á reanimar con su presencia la fe en aquellos países desgraciados.

Dejé á Ródas el mismo dia siguiendo mi viaje para Mersina, adonde llegué el siguiente. Pisaba ya las costas de Siria, me encontraba en el suelo de la antigua Tarso, rival de Damasco y de Alejandría en riqueza y poblacion. Un lugarejo de diez ó doce casas sobre una costa llena de vegetacion,

y que á pesar de los ardores del estío parecia robusta y vigorosa, era cuanto veía en Mersina; Tarso mismo, colmado tantas veces de favores por los emperadores romanos, conserva apénas de su antiguo esplendor una sombra débil. El puerto que abrigó las numerosas naves cargadas con las riquezas mas preciosas del Oriente, no tenia mas que algunos pequeños caiques, ni « el mar Grande, cuyas aguas cruzaban las flotas poderosas de Tiro y del rey de Asiria, » presentaba otras embarcaciones que las harto miserables de los Griegos y de los Turcos. El Cydnus, cuya madre atravesó antiguamente su recinto regando sus bellísimos jardines, no la baña en la actualidad, contentándose con enviarle sus aguas por medio de pequeños canales. Una cosa grande queda solo á Tarso, y es el nombre de Pablo, Apóstol de las Gentes, que tiene el honor de contar entre sus hijos.

Alejandrette, donde arribé el siguiente dia, es tan triste como Mersina. Algunos Árabes, corriendo á caballo por playas desiertas, y tropas de camellos que marchaban cargados con direccion á Damasco; hé aquí todo lo que se veía sobre las masas de ruinas que recuerdan la antigua Issun. En este estado que presentan los puertos mas famosos de la Siria, cualquiera verá cumplida á la letra la prediccion de Isaías: « Voz de Dios, voz de Dios á la Siria. Tu poder será despedazado, tus ciudades convertidas en polvo, las naves, que son tu esperanza, no parecerán mas; tus tierras quedarán desiertas, porque tu corazon está henchido de soberbia, y no quisiste conocer el poder de tu Señor. »

Ni es mas ventajosa la situacion de aquella Antioquía, reina del Oriente, cabeza de mil ciudades populosas, corte de los Antíocos, y que orgullosa con su gran prosperidad, intentó señalar límites al poder de los Romanos. El recinto que contuvo cien mil habitantes, ricos de conveniencias materiales, hoy apénas cuenta doce mil, y estos pobres en su mayor número. La que fué cuna del cristianismo, por decirlo así, pues que en su seno principió á darse el nombre

de *cristianos* á los discípulos de Jesus, vive extranjera para la fe que enseñó este; y allí donde los primeros fieles eran acogidos con muestras tan sinceras de íntimo gozo, la sangre de un sacerdote celoso y ejemplar, vertida recientemente, iniciará un dia proceso formidable contra otros que tambien quieren llamarse *discípulos de Jesus*. Tres mil Griegos disidentes de la Iglesia, regidos por un obispo que se firma *patriarca de la ciudad de Dios* (1), componen la mayoría de los cristianos que al presente habitan Antioquía.

Los católicos, en número muy corto, estaban sin pastor (2), y su pequeño templo se encontraba solitario. Una terrible tragedia les habia dejado en orfandad. Un celoso Capuchino, salido de Damasco, cuidaba esta pequeña grey, aumentándola con la copiosa bendición del Cielo, el fervor de sus palabras y los ejemplos edificantes de su vida. Él se hizo amable entre los Turcos por su caridad y noble desinterés: no obstante en el seno de Antioquía se tramaba una conspiración contra la inocente vida del P. Basilio, que no tardó en aparecer cosido á puñaladas en su misma casa. La voz pública acusó á los autores de tan feroz asesinato: los que persiguieron al Crisóstomo, vástago el mas frondoso de Antioquía, ningun escrúpulo podian abrigar al empapar sus manos en la sangre de aquel representante de la fe y de los principios católicos, por cuya defensa vivió mártir aquel ilustre doctor. Este reciente y harto doloroso hecho manifiesta que hoy no son los Turcos sino los cismáticos los peores enemigos del catolicismo y de la civilización entera.

Mas ese patriarca, que se titula *de la ciudad de Dios*, ¿qué hace para levantar los muros de Israel, restituyendo á su silla el esplendor que le dieron las virtudes de sus antepasados? ¿Dónde están las obras que ejecutan sus coadjutores

(1) En tiempo del emperador Teodosio, Antioquía recibió el nombre de *THEOPOLIS*, ó *Ciudad de Dios*.

(2) Año de 1852.

en el episcopado para regenerar un pueblo sumido en la ignorancia y en los vicios? Él posee un suntuoso palacio en la corte moscovita, adonde va con frecuencia á depositar al pié del trono del poderoso zar sus quejas contra los musulmanes, enemigos de la *ortodoxia*; él tiene otro en Constantinopla, en el que reside con frecuencia: mientras tanto ni á la sombra de estos palacios edificadas en las cortes de los soberanos, ni en el suelo de la patria á la de su propia Iglesia se ha levantado un seminario, ni se ha abierto una casa de asilo para los mendigos de su comunión. El tiempo ha llegado en que pueblos que soportan el castigo que merece el cisma, tienen á su frente « pastores que se apacientan á sí mismos, en vez de apacentar á los demas. » La Religion y la humanidad levantan su voz para acusar esta conducta: la Religion, porque su ministerio es de velar sobre los pueblos que recibieron la fe; y la humanidad, porque el hombre colocado bajo la égida del Evangelio, ha recibido en sus pastores los maestros de su entendimiento y los directores de su corazón. ¡Oh! pero cuando aquella Religion ha perdido su primer carácter, cuando aquellos pastores han enmudecido, y cuando los directores del corazón humano sin luces bastantes para gobernarse ellos mismos tropiezan y caen delante del pueblo de que se dicen encargados, ¿qué podrá este prometerse de útil y provechoso?

